



LAS CINCO HERIDAS

Kirstin Valdez Quade
LAS CINCO HERIDAS

Traducción de
Blanca Gago

Nørdicalibros

Título original:
The Five Wounds

© 2021 by **Kirstin Valdez Quade**

© De la traducción: **Blanca Gago**

© De esta edición: **Nórdica Libros, S.L.**

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid
Tlf: (+34) 91 705 50 57 · info@nordicalibros.com

Primera edición: febrero de 2026

ISBN: 979-13-87922-40-5

Depósito Legal: M-1945-2026

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Diseño: **Filo Estudio** y **Nacho Caballero**

Maquetación: **Diego Moreno**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra** y **Ana Patrón**

El papel utilizado para la impresión de esta obra procede en su totalidad de bosques gestionados de acuerdo con criterios internacionales de sostenibilidad y responsabilidad social.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mi familia

Primera parte
SEMANA SANTA

Este año, Amadeo Padilla es Jesús. Los hermanos han estado ensayando en el patio de tierra que hay detrás de la morada.

En él no hay ni rastro del Jesús con el cabello sedoso, los mofletes rosados y los ojos color miel; ni rastro del Jesús de los niños o del Jesús con el cordero. A Amadeo se le notan los músculos y tiene el pelo rapado casi hasta el cuero cabelludo, cubierto de cicatrices de peleas adolescentes, y un pliegue en la nuca, donde el cráneo se une al cuello.

Amadeo talla la cruz, que no es de pino, sino de pesado y tosco roble. Anda descalzo, como el resto de los hermanos, que se han remangado los pantalones y cantan alabados. Lucen los pantalones blancos recién lavados; han trenzado sus disciplinas a la antigua usanza, con gruesas fibras de hoja de yuca, y han zurcido los desgarrones de las capuchas negras que llevarán para dar cuenta de su humildad en esta representación. El Hermano Mayor —el flaco tío abuelo de Amadeo, Tive, que dejó a todos sorprendidos cuando eligió como Jesús al hijo de su sobrina, pues todos saben que es un vago— toca el pito, y las finas notas aflautadas se elevan por el aire.

Hoy Amadeo despertó con la idea de poner unos clavos en la cruz para que pese más. Sostiene el martillo con ambas manos en lo alto, sobre la cabeza, y lo lanza hacia abajo con un crujido. Las tablas brincan; el sonido rebota en la pared exterior de la morada y al otro lado del callejón, en la cantina El Rato Libre.

Amadeo ha empezado a sudar. Suda a menudo, pero no por el esfuerzo del trabajo: suda cuando come, suda cuando bebe demasiado. Tiene treinta y tres años, los mismos que Nuestro Señor, pero Amadeo no es un hombre con ambiciones. Hasta su madre podría proclamarlo, por mucho que le parta el corazón admitirlo. Yolanda sigue cocinando para él, poniéndole el plato en su sitio de la mesa.

Sin embargo, esta tarde incluso los tatuajes parecen tensos por el esfuerzo, y Amadeo se ve a sí mismo desde fuera, desde arriba. Un Sagrado Corazón en llamas le late contra el pectoral izquierdo, el sudor le gotea de la punta de una daga ensangrentada en el bíceps y las rosas que se le enroscan en el costado florecen al calor del ahínco. En la espalda, la Guadalupe resplandece entre brillos, y en el vestido se le marcan los tres cortes verticales de los sellos, los sellos secretos del deber. Las líneas, cada una del largo de la mano de un hombre, están hinchadas, rosadas y recién cicatrizadas; una evidencia de su iniciación en la hermandad.

Aunque Amadeo ha vivido en Las Penas toda su vida, hoy ve el pueblo con nuevos ojos: las líneas son más nítidas; los colores, más puros. La maleza que bordea la cerca, los listones que la componen, las copas oscilantes de los álamos... Todo surge desde un enfoque sobrenatural. La morada está iluminada por un sol anaranjado poniéndose detrás de Amadeo, la línea definida entre el bloque de hormigón y el cielo. Baja el martillo y golpea cada clavo con precisión, gozando de la rotación laxa de las articulaciones, de la fatiga de los músculos. Se siente justo y poderoso, cada uno de los movimientos que ejecuta está bien estudiado. Se siente nacido para ese papel.

Entonces golpea el último clavo y regresa a su cuerpo; los hermanos recogen y se disponen a volver a casa.

* * *

Cuando Amadeo se acerca por el camino de gravilla hacia casa, ve a su hija Angel sentada en los escalones y embarazada de ocho meses. Vive en Española con su madre. Amadeo lleva más de un año sin verla, pero se ha enterado por su madre, que lo supo por Angel.

Camiseta de tirantes blanca; sujetador negro; cruz dorada señalando el camino hacia los pechos, por si alguien se despista; y barriga dura y redonda como un horno. Lleva los botones de los vaqueros desabrochados para dejar paso a sus carnes rotundas, así como para indicar el origen de todo esto. Su cumpleaños es dentro de una semana y caerá en Viernes Santo; cumplirá dieciséis.

—Mierda —dice Amadeo, y da un tirón del freno de mano. Esta semana fue la más importante en la vida de Jesús. La semana en la que todo sucedió. Debería tener la mente concentrada en el sacrificio y la resurrección, no en el embarazo de su hija adolescente.

Ella no debe de haber visto su expresión, porque se levanta, sonrío y saluda con ambas manos. El rosario se mece bajo el espejo retrovisor y Amadeo observa, un poco más adelante, a su hija acercándose por el camino con toda la barriga hacia fuera, deteniéndose un momento, amagando un giro y desplegando su volumen.

Lleva un bolso dorado y grande y una bolsa de lona gruesa, cortesía de Marlboro. Al llegar lo abraza sin remilgos, apretándolo contra la barriga.

—Estoy gorda, ¿eh? Acabo de comprarme estos pantalones y ya no me caben.

—Hola... —Le da unas palmaditas cautelosas a su hija en la espalda, entre los tirantes del sujetador, y luego se aparta—. ¿Qué hay? —Es demasiado informal, casi faltón, pero no puede tolerar que se sienta bienvenida, no durante la semana de la Pasión y con su madre fuera.

—Bueno, mamá y yo nos peleamos, así que le pedí que me trajera. —Habla en tono despreocupado—. No

sabía dónde estabais la abuela y tú. Llevo aquí como dos horas muerta de hambre. Las embarazadas necesitamos comer. Casi echo la puerta abajo para hacerme un bocadillo. ¿Es que no miráis el teléfono?

Amadeo se mete los pulgares en los bolsillos, alza la vista hacia la casa y luego otra vez hacia la carretera. El sol ya se ha puesto y ahora el crepúsculo es de un azul casi eléctrico.

—¿Os peleasteis? —A su pesar, Amadeo disfruta viendo a Angel indignada con su madre. Marissa siempre le ha hecho sentir inferior.

—No puedo hacer nada... —dice ella convencida—. Lo que el bebé y yo necesitamos es una red de apoyo. Eso le dije.

Amadeo sacude la cabeza.

—Ahora estoy muy ocupado —dice como un actor en su papel de apenado—. No es un buen momento.

Angel no parece ofendida, solo interesada.

—¿Y eso? ¿Tienes un trabajo o algo así?

Levanta la bolsa del suelo y empieza a caminar hacia la puerta, balanceándose por el peso del fardo y la barriga.

—Mi madre no está —declara él. Le da vergüenza contarle la verdadera razón por la que quiere que se vaya, le da vergüenza el fervor que implica ser penitente.

—¿Dónde ha ido la abuela? —En su voz se trasluce una inquietud real. Sujeta la mosquitera con el costado, esperando a que él abra la puerta.

—Oye, esta semana tenemos mucho ajetreo. —Pasa corriendo a lo siguiente, casi entre jadeos—. Este año llevo la cruz. Soy Jesús.

—Anda, qué bien. No tardará mucho, ¿no?

Yolanda se fue de vacaciones al acabar la sesión legislativa, justo antes de Semana Santa, cuando Amadeo más la necesita. «Lo mismo me quedo allí para siempre —le dijo en tono despreocupado mientras hacía las maletas—. Me encanta Las Vegas. Los espectáculos, las luces, el tumulto».

—No dijo cuándo volvería. Supongo que a finales de la semana que viene.

Angel arroja los bártulos al suelo de la cocina con un suspiro dramático y solo entonces se le ocurre a Amadeo que debería haberle llevado las bolsas. Ella parece no darse cuenta. Aún sigue hablando.

—Le dije a mamá: «Bueno, me da igual, entonces me voy con la abuela. Ella sí me quiere».

* * *

Esa noche, Angel parlotea sobre los grupos de alimentos mientras prepara la cena —una lata de chile extendida sobre una calabaza medio cruda y un paquete de pan de queso congelado— y luego se apodera del mando de la televisión. Le dice a la barriga: «¿Ves, cariño? Esa gorda se va a casa. Tú no seas así con tus chicas».

Amadeo está sentado en el otro extremo del sofá, extrañamente nervioso. Intenta recordar la última vez que estuvo a solas con su hija, pero no puede. Tal vez fue hace un par o tres de Navidades; recuerda estar sentado junto a Angel en ese comedor, preguntándole sobre sus asignaturas favoritas, porque Yolanda había salido a comprar a la tienda o a casa de algún vecino.

Se frota los muslos con las palmas de las manos y se pasa la lengua por la boca. Las muñecas de porcelana observan a Amadeo con su mirada congelada desde un rincón de la vitrina de Yolanda, todas sentadas con sus vestidos de volantes en baldas de cristal junto a un montón de campanillas y vasos tequileros de esos que se compran en las tiendas de recuerdos. Amadeo siente una repentina punzada en el estómago y piensa en el tío Tive. ¿Qué dirá cuando se entere de que Angel está en casa? El fruto del pecado de él cargando con su propio pecado.

—Bueno, supongo que tu madre querrá que vuelvas con ella pronto, ¿no? —dice Amadeo.

—Tengo que enseñarle que no es el centro de mi vida. Debe aprender a respetarme.

Amadeo se toquetea el muslo. No puede decirle que se vaya. Yolanda lo mataría. Ojalá estuviera ahí su madre. Yolanda y Angel están muy unidas; Yolanda le envía cheques, veinticinco por aquí, cincuenta por allá; la lleva a cenar a Española o Santa Fe, y, un par de veces al año, se van de compras juntas a los *outlets*.

—Quizá podrías volver cuando mi madre venga a casa. —Una punzada de culpabilidad se le desliza por el costado.

Angel no parece haberlo oído.

—Es que la mujer lleva ocho meses sermoneándome sobre cómo pude acabar así y por qué no aprendí de su error, pero ¿qué voy a hacer ahora, eh? Quiero decir que sí, comprendo que arruiné su estúpida vida, bueno; pero si pretende hacerse la madura, también debería comportarse con madurez.

Y lo que debería hacer Amadeo es llamar a su hermana y pedirle que venga a llevarse a Angel a Albuquerque para que se quede con ella y las niñas. Sacar a los demás de apuros es lo que mejor se le da a Valerie, pero últimamente no habla mucho con ella. La última vez fue en Navidad.

Angel se parece mucho a su madre. El mismo pelo brillante y espeso y el mismo color intenso, aunque sus rasgos no son tan finos como los de Marissa. Serán sus genes, supone Amadeo. ¿Se comportó Marissa entonces de ese modo tan infantil? Ella tenía dieciséis y Amadeo dieciocho, pero los dos se sentían viejos. Los padres de ella, aunque estaban enojados y avergonzados, organizaron una fiesta del bebé para la joven pareja. A Amadeo le gustó ser el centro de atención, que las dos familias lo felicitaran, que las ancianitas deseosas de perdonarlo todo a cambio de una boda por la iglesia le llenaran las manos de tamales y bizcochitos en platos de papel. Se puso en pie para cantarles e inclinó la cabeza ante Marissa: «Esto va para mi niña». *Bendito, bendito, bendito. Los Angeles cantan y daban a Dios*. Todos aplaudieron, las viejitas se secaron

los ojos y Yolanda lanzó besos por todo el cuarto. Amadeo se sintió virtuoso, responsable de su novia y de la hija que pronto nacería.

Al final, claro está, ni hubo boda ni se fueron a vivir juntos. Nació Angel y aprendió a caminar y hablar sin ninguna ayuda de Amadeo. Las viejas sacudieron la cabeza resignadas; ya tendrían que haber sabido que no debían esperar nada de Amadeo, ni de los hombres en general. «Ni el mejor de todos vale un comino —decía su abuela—, salvo tú, hijito —añadía al ver a Amadeo en el cuarto—. Tú sí vales un comino».

Para cuando Angel tenía cinco años, él ya estaba aliviado por lo fácil que le había resultado librarse de sus obligaciones. Lo único que tuvo que hacer fue dejar de contestar las llamadas de Marissa —menos de las que cabría esperar—, y con eso ya era un hombre libre.

Como si respondiera una pregunta, Angel dice:

—En realidad, no dejé la escuela. Sigo yendo a clase y voy a graduarme y todo eso, así que no te preocupes. —Mira a Amadeo expectante.

Amadeo repara entonces en que se le ha olvidado preocuparse, incluso hacerse preguntas al respecto.

—Bien. Eso está bien. —Se levanta y se frota la cabeza rapada con ambas manos—. Tienes que seguir con los estudios.

Ella sigue mirándolo, como exigiendo algo: consuelo, aprobación.

—Lo digo en serio. Voy a graduarme. —Luego empieza a divagar sobre la universidad, el éxito, perseguir los propios sueños, repitiendo lo que escucha en el programa para madres adolescentes al que asiste—. Brianna, mi profesora, dice que si quiero darle una buena vida a mi hijo, tengo que invertir en mí misma. No me verás como a mi madre, que lleva diez años en el mismo puesto de secretaria intentando pescar a un arquitecto. Yo voy a hacer algo grande. —Se dirige a la barriga—. ¿Verdad, hijito?

Esas palabras hunden a Amadeo. Abre una cerveza y se bebe la mitad de un trago antes de recordar quién es esa semana.

—Joder —dice asqueado, y vierte el resto por la pila.

Angel levanta la vista hacia él desde el sofá.

—Cuidado con esa boca. Puede oír cada cosa que dices.

—Joder —dice Amadeo porque es su casa, pero lo dice bajito, y piensa en el sonido traspasando el cuerpo de su hija hasta llegar adentro, al niño. Se levanta—. Tengo que irme.

* * *

Cada noche de Cuaresma, los hermanos se reúnen en la morada para rezar el rosario bajo la atenta mirada del tío Tive, y cada viernes, de rodillas, meditan acerca del viacrucis, con la cabeza gacha. Son nueve hermanos y, a excepción de Amadeo, todos han cumplido ya los setenta. El tío Tive es el mayor, tiene ochenta y siete y todavía está fuerte.

—Jesús oró —recita Al Martínez—: Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. —A Amadeo le gusta Al. Es un tipo grande y parlanchín al que se le llenan los ojos de lágrimas cuando menciona a alguno de sus nietos. No hace mucho se jubiló, era conductor de larga distancia, y tiene los hombros curvados por su larga trayectoria inclinado sobre el volante, camino al horizonte.

Las paredes de hormigón están pintadas de blanco, y enfrente hay dispuestos algunos bancos. Lo único que merece la pena mirar es el crucifijo. Ese cristo no es como el cristo de la iglesia, con la tez brillante, unas castas gotas de sangre asomándole donde la corona roza la sien y una expresión exquisita y remilgada; un perfecto equilibrio entre misericordia, sufrimiento y —sí, eso es— autocompasión. No, el cristo de la pared de la morada es antiguo y sangriento. La mera forma tallada encierra una gran violencia: las marcas de cincel excavan el vientre y el muslo y muestran unos dedos rechonchos

en las manos y los pies. Los rasgos faciales son ásperos; las costillas, afiladas. Una cabellera de verdad, de no se sabe quién, cuelga lacia de la cabeza de la estatua.

Cada noche un hermano distinto recita los santos misterios y todos juntos entonan las respuestas. Esa es la parte favorita de Amadeo, cuando las voces se funden en una corriente resonante y rumorosa, con sus predecibles ascensos y descensos. Esta noche, sin embargo, con la llegada de Angel, está nervioso y distraído. Sopesa la idea de llamar a la madre de la chica para que venga a buscarla, pero acaba descartándola porque no quiere explicarle a Marissa lo de la procesión. «A ver, pero ¿por qué no vas a poder ocuparte de tu hija?». Es capaz de oír su sorna.

Observa a los hombres rezando: el tío Tive, con sus zapatos para diabéticos que le subvenciona la oficina de veteranos de guerra y sus labios temblorosos; Frankie Zocal, con las venas azules palpitándole en los párpados; Shelby Morales, con la cola de caballo gris cayéndole sobre los hombros como la de una niña...

«Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura», dice Al en voz baja y clara, como si quisiera contener el ardor de la emoción.

Lo de que sean nueve hombres está muy lejos de la antigua usanza, explicó Al a Amadeo hace unas semanas, mientras se adentraban en el denso crepúsculo. En las anteriores generaciones, la lista de miembros, incluso en una hermandad perdida en las montañas como esa, podía contar con centenares de hermanos. En los viejos tiempos, cuando tantas comunidades remotas y aisladas compartían un solo sacerdote, las hermandades no solo eran centros de culto, sino sociedades de ayuda mutua, consejos políticos, núcleos comunitarios. Enterraban a los muertos.

—Tenemos que agradecerle a tu tío que recuperara la hermandad. La recuperó de verdad —dijo Al Martínez—.

Cuando mi padre era niño, la tradición ya estaba muriendo. De la antigua morada no quedaba nada, pero Tive compró la gasolinera, la arregló y nos recordó lo que teníamos antaño. Es lo único bueno que trajo la muerte de su hijo.

La morada no es nada del otro mundo. Fuera se ven el oscuro armazón de un letrero clavado en un poste, los restos de unos brillantes paneles de plástico desaparecidos hace ya mucho tiempo y dos bombas abandonadas. El cristal de la ventana está cubierto con los restos de pintura mate beis que sobraron de otra obra muchos años atrás. De vez en cuando, algún extraño se detiene a echar gasolina y mira alrededor, confundido por las camionetas aparcadas enfrente, para luego seguir, cruzar el pueblo y alejarse.

—Tal vez la nuestra no sea tan bonita como las moradas de Truchas, Abiquiu y Trampas —dijo Al Martínez—. Quizá no aparece en las postales. Las Penas no tiene ningún encanto, y yo digo: pues bueno. Allá ellos con sus escultores y sus tiendas de productos naturales. Los turistas, que se vayan a Taos.

Primero el rosario, luego la plegaria individual y en silencio. Se supone que dura una hora, pero a cualquiera le sorprendería lo largo que puede llegar a hacerse; lo pronto que envejecen las súplicas, la penitencia y los ruegos. Al cabo de un par de minutos, las rodillas empiezan a temblar, las rótulas chirrían entre el cemento y el hueso, y para cuando termina el rosario, las piernas están entumecidas. Las uñas de los pies apretadas contra el suelo duelen mucho.

Amadeo piensa en su hija sola en casa. A saber en qué estará enredada: figoneando en sus cosas, llevando amigos a casa, incluso puede que divirtiendo a algún chico.

Amadeo titubea al llegar al Credo de los Apóstoles. Abre los ojos y mira a Tive: sí, el anciano está echándole una mirada reprobatoria. Amadeo cierra los ojos con fuerza.

—Amén —entonan los hermanos, y el rosario se acaba antes de que Amadeo tenga tiempo de adentrarse en él de verdad.

La oración en silencio es la parte más difícil. «Por favor, Dios mío», piensa Amadeo, y enseguida pierde el hilo. Tiene las rodillas hechas polvo. Se pregunta si acaso estará infligiéndose un daño permanente. Fuera se oyen los sonidos del atardecer: un coche que pasa, el graznido de un pájaro nocturno, el tintineo de las polillas contra las ventanas pintadas.

* * *

La entrada de Amadeo, su iniciación y su primera audiencia con los hermanos, tuvo lugar hace cinco semanas, el Miércoles de Ceniza.

—Al caer la tarde, llamas a la puerta. —Tive se lo explicó cuando se juntaron para comer en la hamburguesería Dandy de Española. Hablaba bajito, y Amadeo lanzó una mirada a la familia de la mesa de al lado. Lo cierto es que nadie les prestaba atención. Un niño de seis o siete años con los pantalones manchados de ketchup intentaba comerse una hamburguesa mientras su madre no dejaba de restregarle la cara con una servilleta. Fuera, la perra de Tive, una dóberman de color oxidado llamada Honey, los observaba a través de la ventana, con una ceja blanquecina levantada y unas orejas despegadas que le daban un aire de murciélago—. Llamas tres veces. —Tive hizo una demostración en la mesa, frunciendo el ceño bajo la visera de su gorra de camionero.

La madre de Amadeo adora a su tío. Tiene ideas muy claras acerca de lo que debe ser una familia y, según estas, el papel que le corresponde a Tive es el de un solitario y entrañable cascarrabias. Amadeo sospecha que lo que Tive desea, por encima de todo, es que lo dejen en paz, pero no como en las películas de la tele, donde los viejos reclaman su derecho a estar en paz mientras esperan en secreto a que algún joven desorientado se les acerque para poder salvarse el uno al otro. Tive es ya anciano, pero no tiene ningunas ganas de contar historias o recuerdos, ni de impartir sabiduría alguna.

—Muy bien —asintió Amadeo amable. Tenía hambre, pero no quería ser el primero en desenvolver la hamburguesa. Se metió una patata frita en la boca con gesto furtivo.

Su tío abuelo lo fulminó con la mirada. Arrugado como estaba, el tipo podía dar mucho miedo.

—Más te vale correr a misa, ¿me oyes? De aquí en adelante tienes que ser constante con la misa. Y lo mismo con la confesión. —Tive le tendió un folleto sobre el rosario—. Te sabes las palabras, ¿no?

—¿Y no tendría más mérito que me inventara las plegarias? —Amadeo agitó el folleto—. Estas solo hay que aprenderlas de memoria, ¿no? —Se avergonzó ante la mirada indignada de su tío.

Tive rebuscó en el bolsillo de la camisa de franela y tendió a Amadeo una hoja de libreta doblada.

—Apréndetelas bien —dijo—. Y no vayas por ahí recitándoselas a los demás. Son secretas.

Amadeo entrecerró los ojos ante las temblorosas letras mayúsculas copiadas con un lápiz romo. Parecía un poema con muchas estrofas, y en un destello le vino el recuerdo de su libro de Lengua y Literatura de quinto de primaria, en cuyas páginas había un largo poema en rimas sobre una mariposa que le gustaba leer en silencio después de la escuela, susurrando los versos en su cuarto, disfrutando del ritmo, de la inevitabilidad de los sonidos. *Cielo, hielo, caramelo*. Qué gilipollez.

Una mancha de grasa cubría la mitad inferior de la página, y Amadeo imaginó a su tío abuelo frunciendo el ceño sobre el papel, a la tenue luz de la cocina, junto a los fríos restos de una cena triste y solitaria a base de huevos revueltos.

—Eh, espera. Esto está en español —dijo Amadeo.

—Ay, carajo —murmuró Tive, y empezó a desenvolver la hamburguesa como un acto de rendición.

Ni siquiera Yolanda habla bien español, aunque claro, ella al menos puede seguir las telenovelas que ve las noches entre semana en el televisor de su cuarto.

—En inglés podría hacerlo mucho mejor —soltó Amadeo, y ante la incredulidad de su tío, rectificó—: Bueno, no, es broma. Seguro que puedo aprendérmelo. Estudié español en el instituto.

La primera parte del ritual era una invocación y letanía.

Novicio: Dios toca en esta misión las puertas de su clemencia.

Hermanos: Penitencia, penitencia, si quieres tu salvación.

—Venga, practica —dijo Tive, y Amadeo, con repentina timidez, declamó los versículos en voz alta. Le sorprendió que su tío, a modo de réplica, arrancara a cantar con una voz cavernosa y bellísima. En la mesa de al lado, el niño dejó de masticar y se quedó mirándolo con los carrillos hinchados.

Para entrar en esta morada, hazlo con buen pie, alabando los dulces nombres de Jesús, María y José.

Una vez cruzado el umbral, Amadeo tendrá que arrodillarse ante los hombres que pronto serían sus hermanos y pedirles perdón.

—¿Entonces me harás los cortes?

—Primero tienes que prestar el juramento.

—¿Y luego?

Tive asintió con un gesto casi imperceptible.

—¿Profundos? —susurró Amadeo sin cambiar de tono.

Su tío abuelo se encogió de hombros.

—No, no muy profundos. Venga, sigue.

Perdonadme, hermanos, si os he ofendido o escandalizado en algo.

Y Tive cantó la réplica: *Dios perdone a los que yo ya he perdonado.*

Los ojos de Amadeo se llenaron de lágrimas, y una abrupta tristeza se le atragantó en el pescuezo. Avergonzado, desvió la vista.

El tío Tive carraspeó.

—Estate preparado.

Había razones prácticas para los sellos —los tres cortes verticales que le harían en la espalda—: cuando empezara a

azotarse, le brotaría sangre de las heridas, de modo que la piel no se hincharía ni quedaría magullada.

Al principio, Amadeo se deleitaba con la perspectiva de arrodillarse ante el sangrador que lo marcaría, pero, en la mañana del Miércoles de Ceniza, el coraje empezó a fallarle. Estuvo pensando en los sellos todo el día, y las piernas le flaqueaban.

Se rapó para la entrada —aunque no volvió a ducharse porque quería preservar el borrón de ceniza en la frente para demostrar a su tío abuelo que había ido a misa—, estrenó una camisa recién sacada del envoltorio y aún tiesa, se calzó y se roció el cuello con colonia. Aun así, no podía dejar de oler su fuerte y desagradable sudor.

Al final, justo antes de presentarse a la puerta de la morada, Amadeo se rindió al miedo: pese a haber ayunado todo el día, sacó una botella de vodka del cajón de los jerséis, le quitó el lacre y echó unos largos tragos.

Así, la entrada supuso un aluvión de impresiones confundidas. La canción de los hermanos que ascendía y descendía como las olas, el juramento secreto que lo ataba de por vida a ellos; y luego estaba el pedernal, una obsidiana con un filo como un cuchillo, peligrosa luna creciente. La mano grande y cálida de Al Martínez posada en su hombro, el murmullo consolador del hombre: «No serán profundos, hijo. Respira hondo». El corazón de Amadeo como un tambor implacable y demasiado ruidoso, los costados resbaladizos por el sudor frío. Y mientras la hoja se le deslizaba por la piel de la espalda, la sensación creciente de su propia falsedad.

* * *

Ahora por fin Tive se santigua.

—Ya está —dice en tono irritado—. Amén.

Amadeo se pone en pie, siente pinchazos en las piernas. Los hermanos se congregan a su alrededor. Algunos se pondrán

a hablar de cualquier cosa con toda tranquilidad en el aparcamiento, como probando sus voces oxidadas, y otros saldrán corriendo a casa con sus familias, a besar a sus mujeres y tomar asiento en el sofá frente al televisor.

Angel está esperándolo en casa, por lo que Amadeo se entretiene. Honey, la dóberman de Tive, observa eufórica cómo van saliendo los hombres y corre por el aparcamiento moviendo la cabeza, con el hocico largo y estrecho apuntando al cielo. Ateniéndose a este ejemplar concreto, cuesta creer que la raza sea fiera; Honey es una perra maleducada e incansable que siempre busca llamar la atención con una expresión tan entusiasta como demente. Tiene un pelaje rojizo y apagado, como si hubiera sido negra o marrón antes de desteñirse bajo el sol. Da cabezazos bajo la mano de Tive y mueve la cola con furia.

—Compadre —dice Al Martínez en el umbral, dando una palmada en el flaco hombro de Tive, que se estremece—. Quiero enseñarte a la niña de Elena... , ¡mi segunda nieta! —Ya ha sacado el móvil del bolsillo y arrastra el dedo por la pantalla con ademán experto—. ¿La ves?

Tive mira la foto con detenimiento, y Amadeo estira el cuello para ver la cara morada y desagradable de un bebé con una frívola cinta de encaje atada en la cabeza arrugada.

—Bueno —dice Tive.

—Ay, qué linda. Tiene la boquita de su abuela. —Al se acerca el teléfono, examina la cara de su nieta arrobado y dichoso y luego vuelve a metérselo en el bolsillo. Carraspea—. Oye, compadre, Isaiah, el pequeño, quiere unirse a nosotros, quiere ser un hermano. Y como estamos admitiendo novicios. —Inclina la cabeza hacia Amadeo—. Podría ser un buen candidato. Quiere recuperar su tradición.

—No —dice Tive—. No más novicios.

—Pero, Tive, si es un buen chico. Está de encargado en Lowe. Acaba de cumplir cuarenta. Necesitamos jóvenes. Tú mismo lo dijiste.

—No —dice Tive—. Ahora no es buen momento.

Una ráfaga de ira cruza por la cara de Al, y luego otra de decepción. Echa otro vistazo a Amadeo, está a punto de soltar algo y luego dice con voz queda:

—Por favor, hermano, Isaiah lo necesita. Con Elena lo hice bien, pero Isaiah está metido en la chiva, entra y sale de rehabilitación y demás, hasta llegó a robarle una vez a su hermana, se llevó la tele y arrambló con todo. No sabemos ya qué hacer. Ahora está mejor, pero esto le daría consuelo, le daría algo más grande que él. Está convencido de que aquí podría salvarse, y yo también.

—¡Ni hablar de traer ese veneno a la morada, carajo!
—Tive se aleja hacia la camioneta con andares encorvados y vacilantes.

—Qué severo —dice Amadeo, pero no puede negar lo complacido que se siente por ser el elegido, y no solo para la hermandad, sino para el papel más importante—. Su hijo Elwin murió de sobredosis.

—Lo sé. —Al sigue mirando a Tive durante un rato con expresión afligida, y luego dice despacio—: En los tiempos de mi abuelo hubo un Jesús que pidió clavos. El mejor de todos.

—¿En serio? —Amadeo traga saliva—. ¿Lo clavaron en la cruz? ¿Con clavos de verdad?

Al Martínez asiente.

—Vaya sacrificio, ¿eh? Imagínatelo. —Gira la mano poco a poco, a un lado y al otro, y luego se toca el centro de la palma.

—¿Quién era? —Amadeo siente que se tambalea al borde de un gran misterio, alrededor del cual se cierne la gran noche.

Al se encoge de hombros.

—Yo solo sé lo que me contó mi padre, a quien se lo contó su padre. Solo sé que fue así como sucedió. —Lanza las llaves al aire con cuidado y se encamina hacia el coche.

Amadeo se queda solo en el aparcamiento desierto. Después de algo así, un hombre nunca podrá ser el mismo.

Imagina la escena como siempre imagina los viejos tiempos, en blanco y negro: la expresión resuelta del hombre mientras el clavo le perfora la carne, la luz abrasadora que lo colma, la gente reunida arrodillándose alrededor.

* * *

A las seis y media de la mañana del Viernes Santo, Amadeo se despierta con el gorgoteo y los silbidos de las tuberías en la pared junto a la que duerme. Se repantinga en la blanda cama e intenta no pensar en Angel. El dolor de Cristo, se recuerda a sí mismo. Piensa en eso. Cada noche, Amadeo practica la expresión en el espejo del baño después de la ducha, con el agua cayéndole por la frente. Extiende los brazos, tensa y afloja los músculos de la cara, trata de aprender los matices del sufrimiento. Ahora, tendido en la cama, vuelve a intentarlo, pero tiene el rostro rígido como un neumático de goma. Lucha para guiarse por ese hombre que, tantos años atrás, logró algo muy real con unos pocos clavos.

Lo revuelve pensar en Angel, lo revuelve pensar en quién la dejó así. No es un detalle incluido en el relato que Amadeo oyó de Yolanda, pero tampoco necesita hechos para imaginarlo: algún cholo que trapicheaba con chiva desde la ventanilla de su *lowrider*.¹

Cuando vuelve a despertarse, Angel se erige imponente ante él, zarandeándole el hombro.

—Papá, ¿puedes llevarme a la escuela? Tienes que levantarte.

Amadeo murmura algo a la almohada mientras Angel sale, cerrando la puerta tras de sí. Luego oye a lo lejos cómo

¹ Coche viejo tuneado y con unas suspensiones hidráulicas que permiten bajarlo casi hasta rozar el suelo o levantarlo de manera exagerada, seña de identidad de los jóvenes chicanos en Estados Unidos, sobre todo durante los años setenta. (*Todas las notas son de la traductora*).

vuelve a llamarlo, pero el sonido no atraviesa la superficie de su sueño.

Cuando se despierta son las diez pasadas, y la casa está soleada y vacía. Aún le quedan dos horas hasta la misa. Angel ha dejado una nota en la mesa: «Me lleva el tío Tive». Ni una firma, ni un «xoxo». El peso de la culpa se le asienta en las tripas. Se come los huevos fríos con beicon que Angel le ha dejado y luego, al comprobar que la convulsa y espantosa sensación no lo abandona, abre una cerveza.

Antes Angel nunca hacía ejercicio, jamás se unió a ningún equipo ni logró hacer una flexión de brazos en condiciones. En la escuela primaria fingía dolores menstruales o el síndrome del túnel carpiano para librarse de la clase de Educación Física, y en el instituto, gracias a los recortes masivos en las partidas de la educación pública, nunca tuvo que dar esa asignatura. Sin embargo, como los estudios demuestran que el ejercicio durante el embarazo reduce el riesgo de enfermedades y obesidad en los niños, Angel sale a dar un paseo todas las tardes. Brianna, su profesora en Smart Starts!, les puso un plan diario personalizado en la agenda y les dio una hoja de pegatinas de estrellas de aluminio para que anotaran el ejercicio cotidiano. A Angel le encanta su agenda de cubiertas de plástico granates y estampadas como si fueran de cuero, y le encanta pegar la estrellita con cuidado en la hoja correspondiente.

El programa de Smart Starts! consiste, sobre todo, en llevar al día una serie de registros. Las chicas anotan en diarios, agendas e historiales no solo el ejercicio cotidiano que realizan, sino también su consumo de vitaminas prenatales y sus emociones. Dan cuenta de las cosas positivas y negativas del día, los logros y las flaquezas. Las que ya han dado a luz anotan las tomas del bebé, sus deposiciones y sus siestas, y las embarazadas anotan sus comidas, sus deposiciones y sus siestas.

—Esto va de ser consciente —explica Brianna en clase—. De saber cómo estás viviendo tu vida en realidad para poder tomar decisiones responsables y necesarias para vivir la vida que quieres. —Se sienta en el borde de la mesa y golpetea las suelas de sus enormes sandalias de montaña contra la madera. La torpeza que desprenden le otorga un aspecto minúsculo, fuerte y, en cierto modo, muy femenino.

Brianna. Es uno de los nombres más bonitos que Angel ha oído en su vida. Nunca ha tenido una profesora que

empleara su nombre de pila con los estudiantes, y el hecho de que Brianna sí lo haga la vuelve más cercana y, en todo caso, merecedora de un mayor respeto. Les contó que se crio en Oregón, que Angel imagina como un Edén verde y frondoso, lleno de arroyos borboteantes y gente abierta y adorable. Cuando está con su profesora, Angel saca lo mejor de sí misma: es trabajadora, buena, casi inocente.

En casa —en casa de su madre—, Angel cambiaba la ruta de paseo tan a menudo como podía. Al caminar por Española se ven muchas cosas, y no solo el río Grande, bajo y de aguas pardas, en su lento curso alejándose de la ciudad. Una vez vio a una mujer anglo sij vestida de blanco y con las cejas rubias interrumpir su conversación telefónica para vomitar en la alcantarilla. «Ya estoy», dijo al reanudar la conversación mientras se componía el turbante. Otra vez vio a un hombre dando tumbos por el aparcamiento del restaurante Jade Star mientras gritaba desconcertado a los que pasaban por allí: «¡Quiero mi sal de mina!». A veces se cruza con adictos despatarrados, dóciles y escondidos detrás de algún edificio para ahogarse en sus dosis, pero Angel los evita. Una vez uno de ellos la miró implorante. «Hola», le dijo derrotado. Una tarde, al salir de la biblioteca, llegó a toparse con un circo de perros dirigido por una asociación de acogida y vio *terriers* en tutú saltando los aros, conduciendo coches de juguete y manteniendo el equilibrio espalda contra espalda. Fue un asombroso despliegue de talento —y pensar que antes eran chuchos de perrera a la espera de que los mataran—.

En cambio ahora, al salir, solo hay pinos piñoneros secos, grumos de hierbajos, pequeños cactus mustios y la carretera solitaria curvándose entre las colinas; a veces asoma un conejo o una codorniz. Qué extraño que, con todo ese campo abierto que se extiende alrededor, sus paseos sean mucho más restringidos que en Española. Si toma el camino desde el garage hasta la entrada de la casa y luego gira a la derecha, el asfalto resquebrajado muy pronto da paso a un sendero de tierra que